

## **Robert D. Kaplan (2013)**

La venganza de la geografía.  
Cómo los mapas condicionan el destino de las naciones.

**Profesor Rodolfo Espinosa López, Mág. en Geografía**  
Universidad del Valle, Cali - Colombia

### **1. El libro:**

La venganza de la geografía. Cómo los mapas condicionan el destino de las naciones. Barcelona. RBA Libros S.A. Primera edición en español. Traducción de Laura Martín de Dios. Pasta dura, (478) págs.

### **2. De sus características**

El libro tuvo como antecedentes dos artículos de Kaplan, que corresponden, ampliados, a los capítulos sobre India y China. Como lo advierte en el prólogo, son sus experiencias in situ el camino que lo llevó a encontrar en la geografía las explicaciones a patrones históricos o a cambios bruscos en el devenir de las naciones. Le atribuye a la lectura de los mapas especial importancia para conocer y entender no solo el pasado y presente de los pueblos, sino, y antes que todo, para elaborar las visiones integrales de los procesos específicos de construcción social en que incubaron.

Tres partes estructuran el texto. En la primera, titulada “Visionarios”, justifica el nombre de su obra y evoca, tomando distancias aunque con cierta nostalgia, la derrota del determinismo geográfico. La segunda, “El mapa de principios del siglo XXI”, con un lenguaje propio de los precursores de la geopolítica, especialmente de Sir Alford Mackinder –Rusia y el corazón continental, el mapa euroasiático y el pivote iraní-, expone, bajo el escudo del “realismo”, arriesgadas ideas sobre las tendencias territoriales mundiales del siglo en marcha. Finalmente, en la tercera, “El destino de Estados Unidos”, hace un reconocimiento a la obra fundamental de Fernand Braudel sobre el Mediterráneo, como soporte inspirador a sus proposiciones geopolíticas acerca de lo que significa y debe hacer hoy Estados Unidos.

### **3. Del autor**

Periodista y analista político nacido en Nueva York (1952), fue profesor de Seguridad Nacional en la Academia Naval de Annapolis (2006 – 2008) y miembro

de la Junta de Políticas de Defensa, el principal consejo asesor del Departamento de Defensa estadounidense (2009 – 2011). Corresponsal de la revista *The Atlantic* y autor de libros sobre política exterior y relatos de viajes, como *Monzón: un viaje por el futuro del océano Índico*, *Fantasmas balcánicos: viaje a los orígenes del conflicto de Bosnia y Kosovo*, *El retorno de la antigüedad: la política de los guerreros*, *Viaje a los confines de la tierra* y *Rumbo a Tartaria*. Actualmente es analista geopolítico de la empresa privada de seguridad *Strattor*.

#### 4. Del contenido

Aunque recoja a “Heródoto y sus sucesores”, la geografía de Kaplan invoca el territorio antes que a la disciplina. El territorio en singular, admitiendo que sus análisis lo pluralizan, es el soporte de audaces formulaciones políticas; cabe esta observación, porque el nombre del libro puede llevarnos a pensar, a los dolientes de la disciplina, que identificamos en él y sin prejuicios a un prestigioso aliado, cuando lo que prevalece, en realidad, son interpretaciones de política internacional que tienen como piedra angular el territorio, al que identifica sin distinciones claras, con el mapa y la geografía; veamos el aserto respecto a esta última: “Ambos movimientos de población, al norte y al sur del Mediterráneo, se originaron en el Creciente Fértil y Anatolia, donde la inestabilidad política era, en gran medida, una de las consecuencias de la geografía” (Pág. 73). Y sobre el mapa: Da la impresión de que la caída del muro de Berlín en 1989 ha confirmado el optimismo de McNeill, aunque podría mantenerse que el mundo es tan peligroso en la actualidad como lo era durante la guerra fría, ya que el mapa sigue cerrándose de distintos y múltiples modos” (Pág. 83).

Los dos artículos que motivaron la obra, dice el autor en los agradecimientos, fueron los referentes a India y China. ¿Cuáles son sus tesis al respecto?

Muy en la línea de Alford Mackinder, considerado por él como padre de la geopolítica actual y de quien cita principalmente su reconocido artículo “*The Geographical Pivot of History*” y el libro “*Democratic Ideals and Reality: A Study in the Politics of Reconstruction*”, sobre China, desde el título, fija posición: La geografía del poder chino”. Con información histórica y geográfica que abrumba, va elaborando derivaciones que extrapola a otras naciones, para identificar, a modo de ley, como se percibe también para finales del siglo XIX en Alemania con Friedrich Ratzel, el fatalismo expansionista: “El dinamismo interno de China, con todos sus conflictos civiles y sus ineficiencias, por no mencionar la desaceleración económica, crea ambiciones externas. A menudo, no se busca de manera consciente la construcción de un imperio, sino que, a medida que los Estados se fortalecen, desarrollan necesidades y –a pesar de lo que pueda pensarse- todo un conjunto de nuevas inseguridades que los llevan a expandirse de manera natural” (p. 253). De manera inconsciente y natural, porque ya no habla

solo de China, han crecido y crecen, para el autor, los imperios, aunque hoy, desde otras dinámicas: “China no supone una amenaza existencial. La posibilidad de una guerra con Estados Unidos es extremadamente remota. La amenaza militar existe, pero, como veremos, más adelante, es indirecta. El desafío que China plantea es en primer lugar geográfico, sin desmerecer por ello otros asuntos de importancia fundamentales tales como el endeudamiento, el comercio y el cambio climático. La emergente área de influencia de China en Europa y África –en la “Isla Mundial” de Mackinder– está ampliándose, aunque no en un sentido imperialista propio del siglo XIX, sino bajo otra forma, más sutil y adecuada a la era de la globalización” (p. 255).

India se plantea desde un supuesto dilema geográfico: China o Estados Unidos en la medida en que se vayan convirtiendo en potencias rivales. “El lado hacia el que se incline la India podría determinar el curso de la geopolítica de Eurasia en el siglo XXI. En otras palabras, la India se perfila como el último Estado pivote”. (p. 290). Aunque es más previsible una guerra con Pakistán que con China, vaticina Kaplan, el desarrollo económico, y sobre todo en tecnología bélica, harán que China e India se muestren, indefectiblemente y en un futuro próximo, los dientes.

La India padece una “geografía cerrada y claustrofóbica”, de la cual busca “desesperadamente escapar” (p. 314). Con China compite como potencia; con el resto de países vecinos –Afganistán, Pakistán, Nepal, Bangladesh “estados débiles y semidisfuncionales” (p. 318)” comparte la “zona geopolítica menos estable del mundo”. En la sentencia final parece estar la respuesta del autor al supuesto dilema: “La India es una potencia regional en la medida en que se encuentra atrapada en esta geografía, y puede llegar a ser una gran potencia en la medida en que pueda liberarse de ella”. (p. 320).

En su argumentación, la que hila y da sostén a sus tesis, el mapa es un poderoso dispositivo, por lo cual, recalca, hay que valorar el papel de los mapas en la comprensión de la historia de la humanidad. “Los mapas, en resumidas cuentas, pueden ser herramientas peligrosas pero, aún así, resultan imprescindibles para comprender la política internacional” (p. 59). “Ese es el objetivo de mi estudio: conocer y valorar el mapa de modo que, en contra de lo que pudiera parecer, no siempre nos encontramos limitados por él. No es solo la estrechez de miras lo que conduce al aislacionismo, sino que forzar demasiado los recursos también causa una reacción violenta a favor de dicha tendencia” (pág. 61).

¿De qué tendencia habla? Parece un híbrido entre el “determinismo” y el “posibilismo” geográficos. Por un lado, sobredimensiona el papel del territorio, y por el otro, lo recluye a la simple función de contenedor o escenario físico de los hechos históricos: “Del mismo modo que la geografía no sirve para explicarlo todo, tampoco es una solución. La geografía es meramente el telón de fondo sobre el que se libra la batalla de las ideas. Incluso cuando la geografía actúa como elemento unificador –como en el caso de Estados Unidos, Gran Bretaña, la India e Israel– los ideales democráticos, la libertad y el sionismo (con su componente espiritual) han sido, a pesar de todo,

fundamentales para la identidad nacional. Y cuando un pueblo no tiene otro elemento que lo una salvo la geografía, como en el caso de Egipto o Japón, bajo los gobiernos del antiguo dictador Hosni Mubarak o del despótico Partido liberal Democrático respectivamente, entonces el Estado se ve afectado por un profundo malestar que, gracias a la geografía, puede que sea estable, pero nada más” (pág. 229). Tan estable, según Kaplan gracias a la geografía, que en Egipto, después de la “Primavera Árabe”, parece retornar el régimen Mubarak.

Volviendo sobre los mapas, el libro no hace el debido énfasis en su interpretación como mecanismo y código de comunicación. La cartografía, así sucede con cualquier lenguaje, acude a sus mejores recursos para hacer explícito lo que finalmente quiere comunicar, incluyendo, desde luego, voces y grafías intencionalmente difusas; el dominio territorial, tan presente en los mapas, suele también esconderse en la opacidad del color, el exceso de información, la manera como se organizan y jerarquizan sus elementos constitutivos, y hasta en el silencio.

Una cosa es la utilización del mapa como instrumento de análisis geopolítico, en lo cual es persuasivo Kaplan, y otra distinta el análisis de los significados que encarna la grafía mediante la cual comunican los mapas. Representando miradas distintas, buen complemento a la lectura del libro reseñado puede ser al respecto la obra de John Brian Harley -La nueva naturaleza de los mapas (2005)-, invocado por Kaplan, quien desentraña el significado político de los mapas, apelando, entre otras razones, a juiciosos análisis sobre el valor simbólico de lo que comunican o callan.

Kaplan es tan audaz como Mackinder en sus formulaciones sobre el vínculo territorio y política de Estado, pero sin trascender la paternidad por él mismo reconocida; en su conceptualización no avanza respecto al legado del geógrafo británico, dando paso, desde lo que llama realidad política, a sugestivas interpretaciones territoriales y claras insinuaciones de acción política, que dan fiel crédito a sus antecedentes de asesor del Departamento de Defensa estadounidense. Sus tesis tienen como soporte el llamado “realismo político”, y lo que denomina, citando a Raymond Aron, “determinismo probabilístico”.

Apoyado en los defensores del “realismo político”, y aunque la historia lo contradiga, afirma que Estados Unidos ha sido ajeno a su reconocimiento y aplicación. El realismo “es conscientemente amoral, centrado como está en los intereses antes que en los valores de un mundo degradado. Sin embargo el realismo nunca muere, porque refleja a la perfección el comportamiento real de los Estados, detrás de la fachada de los valores en que se basa su retórica” (p. 58).

Con el argumento de abandonar la “retórica” de la política internacional, para circunscribirse estrictamente, acto seguido, a los cánones del “realismo”, se asigna Kaplan una patente de corso con la que pretende validar, de antemano, sus interpretaciones y proyecciones políticas; cual discurso de poder, lo suyo es “realismo”, lo demás, pura “retórica”. A renglón seguido escribe: “Los realistas valoran el orden por encima de la libertad: para ellos, esta última cobra importancia únicamente después de que se haya

establecido el primero. En Irak, el orden, a pesar de su carácter totalitario, resultó ser más humano que su posterior ausencia. Y, teniendo en cuenta que el gobierno del mundo siempre será esquivo porque nunca se llegará a un acuerdo fundamental en cuanto al modo de alcanzar una mejora social, el mundo estará destinado a continuar gobernado por distintas clases de regímenes y, en algunos lugares, por órdenes tribales y étnicos” (p. 58).

Esto, antes que determinismo, es fatalismo, y no solamente geográfico. Dando por hecho la invasión a Irak emprendida por Estados Unidos, lo exonera de las consecuencias, al afirmar que la equivocación de su nación estuvo en desconocer la historia y el inevitable destino del país invadido, de paso, re-victimizándolo.

El “determinismo probabilístico”, segundo pilar de su marco de interpretación, es concebido así: “La palabra clave es “probabilístico”, es decir, al centrarnos en la geografía, nos adherimos a un determinismo parcial o vacilante que reconoce la existencia de diferencias obvias entre grupos y territorios, pero que no lo simplifica todo en exceso y da opción a múltiples posibilidades.” (p. 70). A continuación presenta una escueta observación sobre la razón que explica porque los mismos “internacionalistas liberales” que aprobaron la intervención en los Balcanes se opusieron a la invasión a Irak, donde desaparece la “probabilidad” y emerge, en cambio, un crudo determinismo, con sesgos similares a los análisis geopolíticos de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX en Europa: “Intuyeron, por imprecisa que fuera dicha intuición, uno de los hechos indiscutibles de la geografía: mientras que la antigua Yugoslavia se encontraba en el extremo más avanzado y occidental del antiguo Imperio Otomano, contigua a Europa Central, Mesopotamia se encuentra en el más caótico de sus confines orientales.

En la tercera parte del libro, Kaplan se apoya en Fernand Braudel, particularmente en su obra clásica *El Mediterráneo en la época de Felipe II*, publicada en 1949, para elaborar su visión de futuro de los Estados Unidos. Considera que Braudel, miembro insigne de la escuela de los Annales, “abrió un nuevo camino en el corpus histórico por el hincapié que hacía en la geografía, la demografía, el materialismo y el entorno. Braudel introdujo la naturaleza en un estudio histórico y con ello enriqueció la disciplina de un modo inconmensurable, al tiempo que ayudó a que la geografía volviera a ocupar el lugar que merecía dentro del mundo académico”.

Retomando a reconocidos autores, conclusiones de eventos internacionales, y posiciones de política mundial expuestas en estos eventos, considera que Estados Unidos debe propender por un proyecto unificador de Norteamérica, involucrando a México y Centroamérica, al tiempo “que actúe como contrapeso en Eurasia”, manteniendo simultáneamente una Europa Central “cosmopolita”, a modo de “Estados barrera dinámicos e independientes entre la Europa marítima y el corazón continental”. En lo que llama “mundo futuro”, avizora una “Eurasia orgánica y unida”, lo cual obligaría, desde ya y como contrapeso, a construir una “Norteamérica orgánica y unida”, para conservar “un mundo equilibrado”, tal y como lo pensó, dice Kaplan, Mackinder (p. 425).

Andrew Bacevich, catedrático de la Universidad de Boston, participante en una conferencia llevada a cabo en Washington en 2009, coincide parcialmente con la posición de Kaplan sobre el futuro de Estados Unidos en el siglo XXI, quien lo cita, planteando en debate sendos interrogantes: “¿Qué hemos conseguido en Oriente Medio con todas nuestras intervenciones desde la década de 1980? ¿Por qué no nos concentramos en México? Cuánto más no hubiéramos prosperado de haber invertido en México todo el dinero, experiencia e innovación que destinamos a Irak y Afganistán”. Coincide parcialmente con Kaplan, porque este último se refiere, en conjunto y como estrategia simultánea, a la unidad de Norte América -incluyendo a México-, América Central, y Europa central: “Asegurarse de que una potencia del hemisferio oriental no se vuelva excesivamente dominante, o lo suficiente como para amenazar a Estados Unidos en el hemisferio occidental, será una tarea mucho más sencilla si en primer lugar promovemos la unidad del hemisferio occidental” pág. 425.

¿De qué unidad continental habla el libro? “El modo de evitar una Venezuela proiraní y otros Estados radicales que puedan aparecer de vez en cuando en el hemisferio occidental es envolver la cuenca del Caribe en una zona de comercio libre y movimientos migratorios humanos que, por fuerza, estaría dominada por Estados Unidos, mientras que las poblaciones de México y Centroamérica, más jóvenes que la estadounidense, proporcionan la mano de obra. Naturalmente, esto es algo que ya ocurre, pero la intensidad del intercambio humano debería aumentar, y lo hará” (p. 424). Desde luego, no es esa la integración que reclama América Latina.